

Y
0187
1900

Carlos Cortés Lee

CONFERENCIA

PREDICADA EN LA IGLESIA

DE

NUESTRA Sra. DEL CARMEN

A LOS

GOOPERADORES SALESIANOS

EN LA FIESTA

DE

SAN FRANCISCO DE SALES

BOGOTÁ

Escuela Tipográfica Salesiana

1900.

4
0187
1700
Sr. Dr. D. CARLOS CORTES LEE

CONFERENCIA

PREDICADA EN LA IGLESIA

DE

NUESTRA Sra. DEL CARMEN

A LOS

GOOPERADORES SALESIANOS

EN LA FIESTA

DE

SAN FRANCISCO DE SALES



BOGOTÁ

Escuela Tipográfica Salesiana

1900.

EX LIBRIS

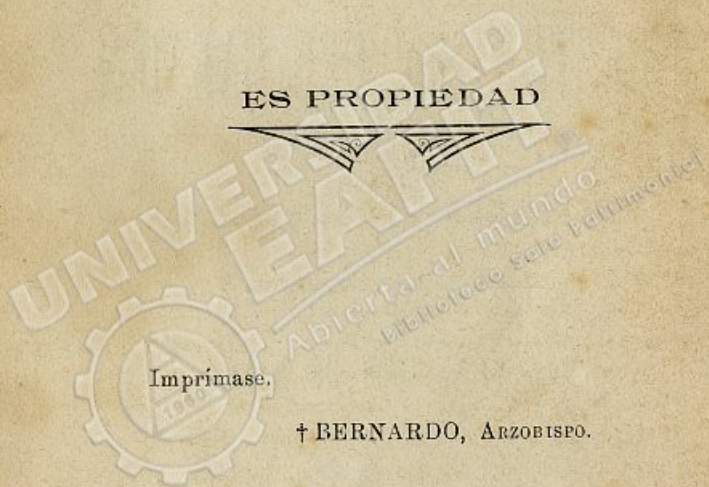
CARLOS JOSE ROMERO

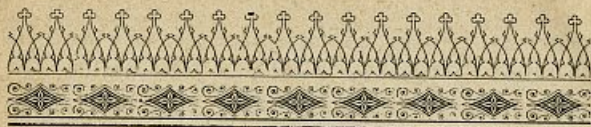
ES PROPIEDAD



Imprimase.

† BERNARDO, ARZOBISPO.





Dei enim sumus adiutores.

Nosotros somos unos coadjutores
de Dios.—I Cor. 3, 9.

En estas palabras de S. Pablo se nos manifiesta un consejo admirable de la bondad divina que quiere valerse de sus criaturas para llevar adelante sus planes providenciales, honrándolas así con el carácter de cooperadoras y ayudadoras suyas. ¿Qué necesidad tiene Dios, en efecto, de que nosotros le ayudemos? ¿No puede El por sí mismo todo cuanto quiere sin que le cueste trabajo alguno? ¿Quién, como pregunta el Apóstol, le puede dar algo á Dios, ni entrar en el secreto de sus designios adorables? (1) Así es, hermanos míos, pero Dios que, como autor de la naturaleza no por falta de poder, sino por sobra de bondad, dio á todos los seres una eficiencia y causalidad que les son propias y que les habilitan para producir determinados efectos y, salvo casos excepcionales y milagrosos, no

(1) Rom. 11, 34, 35.

quiere que los tales efectos se verifiquen sino mediante la acción de aquellas causas, quiso proceder de igual manera en el orden sobrenatural y en la obra por excelencia de su poder y sabiduría, que es la reparación y salvación del linaje humano.

Jesucristo es el pan vivo que descendió del cielo para darle al mundo la vida (1): lo es por su doctrina, puesto que la verdad es el sustento de la inteligencia; lo es por su gracia, que mantiene y aumenta la vida sobrenatural en nuestras almas; y lo es señaladamente porque en la sagrada eucaristía nos da el manjar soberano de su cuerpo y de su sangre. Mas para regalarnos con este triple pan del cielo se sirve de los hombres como de medianeros. El es el doctor de la justicia y el maestro único de la humanidad, pero son lenguas humanas las que han de hacer resonar por todos los ámbitos del mundo y hasta el fin de los siglos los ecos nunca extinguidos ni amenguados de aquella verdad encarnada que se dejó ver en la tierra y conversó con los hijos de Adán. El es la fuente de la gracia, pero no nos la comunica ordinariamente sino por medio de aquellos á quienes constituyó ministros de Dios y dispensadores de sus misterios. El nos prepara en su carne adorable un pan de vida, un pan de ángeles, pero hemos de recibirlo de las manos de aquellos escogidos suyos á quienes dio el encargo y la potestad de hacer lo que El hizo en la cena postrera.

Hombres son los que, bajo la dirección del Espíritu Santo, han ilustrado y desentrañado las enseñanzas

[1] Joan. 6, 35.

reveladas, los que guardan inalterable el depósito de la fe, los que la defienden y propagan; hombres los que perdonan los pecados y aplican á los mortales los merecimientos del Redentor y trabajando y sufriendo y sacrificándose completan, como dice el Apóstol, lo que faltó á la pasión de Jesucristo para la salud del mundo (1). *Dei sumus adjutores.*

Empero, esto que en primer término se entiende de los Pontífices y sacerdotes corresponde y debe corresponder proporcionalmente á todos los fieles: todos son llamados á trabajar en la viña del Señor, á cooperar con Dios primeramente en su propia santificación y luego en la de sus prójimos, conforme al estado y condición en que cada cual se halle colocado. Porque *mandavit unicuique de proximo suo*: á todos, escuchad, *unicuique*, á todos nos impuso Dios el cargo de mirar por el bien de nuestros hermanos (2).

Recordaros esta verdad tan fundamental y exhortaros, de consiguiente, á que os alistéis, si aún no lo estáis, en el número de los cooperadores salesianos, ó á que redobléis vuestro celo, si ya pertenecéis á ellos es lo que pretendo en las reflexiones que voy á proponeros, mal zurcidas, sin duda, é inconexas, por haber sido llamado inopinadamente á ocupar este sitio.

El individualismo, ó sea, el modo de considerar la sociedad humana como un simple agregado de átomos,

(1) Colos. 1. 24.

(2) Eccli. 17, 12.

dotados de iguales facultades y derechos, pero no ligados por ningún vínculo orgánico, es hijo genuino de la idea protestante que separó al hombre de la comunión católica para dejarlo, en lo que mira á la vida religiosa, entregado á sus propios esfuerzos. El ha de formar sus propias creencias por medio del examen privado de las fuentes y contenido de la revelación, ó bien extrayendo de ella lo que le parece concordar con los dictámenes de su razón, ó bien dejándose llevar de una pretendida inspiración personal y asistencia del Espíritu Santo en la lectura de los libros sagrados. Y así como ha de forjarse su propio credo, así en las otras necesidades de su vida espiritual ha de entenderse con Dios directamente, como de potencia á potencia, sin admitir la intervención de un sacerdote ó de una Iglesia que tenga poder de atar y desatar. ¡Qué digo! no admite siquiera la mediación y auxilio de aquellos de sus hermanos que, vencedores del mundo y del demonio, entraron yá en el glorioso reino de Dios. El Protestante es para sí mismo Iglesia y Pontífice, maestro y sacerdote, y si llega á confesar una Iglesia, ésta es una mera abstracción, una Iglesia invisible que flota en el espacio, conocida de solo Dios, pero no trabada con lazos exteriores de autoridad y subordinación.

Como era natural, este espíritu de separación y aislamiento, trascendió del terreno religioso al político y social. En los últimos tiempos se ha pretendido asentar la sociedad única y simplemente sobre el reconocimiento de los derechos del individuo y de ahí el que en todas las Constituciones políticas, calcadas

sobre los principios de la revolución francesa, haya sido
moda el empezar por aquella larga y, ay! las más
veces ilusoria, enumeración de las llamadas garantías
individuales, sin tocar para nada los deberes indivi-
duales y los que tienen los hombres unos para con
otros, poniendo así de relieve lo que separa y desune
y dejando en la sombra lo que debe enlazar y juntar
entre sí á los miembros de una comunidad.

Reconocer y garantizar, como dicen, los derechos
del hombre no basta para fundar, ni mucho menos
para hacer florecer la sociedad, por la sencilla razón
de que en ésta hay y habrá siempre un número casi
infinito de individuos que prácticamente (no digo que
en teoría no los tengan, y amplísimos), pero que
prácticamente no tienen derecho ninguno: tales son
los pobres, los ignorantes, los desvalidos, los débiles
y mal constituidos física y moralmente. Contentarse
pues, con sólo la defensa rigurosa del derecho no es,
sino abrir la puerta para que todos estos desheredados
de que hablo sean, en la fatal lucha por la vida, presa
fácil de los más fuertes y de los más inteligentes (1).

Para que reine la justicia es necesario realzar, más
 que los derechos, los deberes, á saber, la obligación
 que tienen los fuertes de amparar á los débiles, los
 ricos, de socorrer largamente á los pobres, los que
 alcanzan mayor grado de cultura é ilustración, de
 inclinarse hacia los que se hallan en los peldaños
 ínfimos de la escala intelectual y moral.

(1) Véase la nota que va al fin.

Este individualismo atomista y mecánico es, pues, un error, porque es una exageración; en él, sin embargo, como en todos los errores, se encierra alguna porción de verdad, pues es claro que todo individuo ha de tener libertad para desenvolver sus innatas energías, para poner en acción su vigor é iniciativa personales: ahogar esta iniciativa personal y oprimir ó debilitar aquellas energías sería—permitidme la expresión—matar la gallina que pone los huevos de oro del honor y de la prosperidad de las naciones.

En nuestros días parece que las tendencias sociales van tomando otro rumbo, y que ya en el mundo civilizado la conciencia de los pueblos clama, y cada vez más alto, por la unión, por la unidad, así en la vida religiosa como en la política y social. En el seno de comuniones separadas, pero que conservan todavía mucho de la savia católica, como el anglicanismo, se advierte el deseo de la concentración y de la unidad religiosa, y en lo social se confiesa ya que la política de *dejar hacer*, la política de la libertad para morirse de hambre ha de ceder el campo al principio, más católico, de la protección, de la acción y de la responsabilidad colectivas. Por dondequiera renace el sentimiento de esta dependencia en que estamos los unos de los otros, y todos sienten que la vida de cada hombre tiene que ser, de un modo ó de otro, el complemento de las vidas, por naturaleza deficientes y limitadas, de los demás hombres.

Sólo es de temer que este movimiento, dirigido en algunas partes por gentes sin fe y faltas de sanos principios filosóficos, vaya á parar en otro extremo no

menos erróneo y nocivo por el mismo hecho de ser extremo. Los que, como los socialistas, hablan de una renovación universal, de un nuevo orden de cosas que estribe en la abolición completa de toda independencia individual, no hacen más que delirar, soñar con un imposible ó buscar la cura de un mal por medio de otro mayor. Un sistema en que la comunidad sea todo y el individuo nada, en que todos los bienes y todos los derechos y todas las energías pertenezcan al Estado, y el individuo no sea más que un instrumento y una propiedad del Estado ¿qué otra cosa es sino un regreso al despotismo? al despotismo del Estado antiguo, del Estado pagano, que era la encarnación de una divinidad cruel y monstruosa, ante cuya prosperidad y grandeza todo debía ceder; prosperidad que era amasada con las lágrimas de los infelices, grandeza que tenía por pedestal la innúmera muchedumbre de esclavos abyectos, reputados nó como personas, sino como cosas.

Nó, el verdadero concepto de la sociedad no es el de un montón de piedras ó de granos de arena que se tocan porque están en un mismo lugar, pero que no tienen entre sí ninguna conexión intrínseca, ninguna acción y reacción orgánicas; no es tampoco el de una masa informe y homogénea cuyas partes componentes han perdido toda nota individual, para ser absorbidas y resueltas en el todo; no es siquiera la idea materialista de un edificio ó de una máquina que funciona regularmente, y por esto, sea dicho de paso, es inexacta y sospechosa, aunque muy usada, la expresión *mecanismo social*. La sociedad es un sér orgánico, un cuerpo vivo que consta de miembros distintos y diversos en

aptitudes y funciones, pero unidos todos por la identidad de la vida que en ellos circula, por la necesidad que tienen de sus mutuos servicios, sin que pueda haber cisma entre ellos ni les sea lícito á unos gloriarse de su mayor nobleza ni á los otros quejarse de la posición humilde que les tocó en suerte.

Esta es la idea que S. Pablo nos da de la Iglesia que, según él, es un cuerpo animado y vivificado por el espíritu de Dios, cuya plenitud reside en Jesucristo, su cabeza. Este espíritu, aunque uno y simplicísimo en sí mismo, es múltiple en los dones que de él provienen y que reparte y divide de la manera que le place (1). El es el que pone en la Iglesia los apóstoles, los evangelistas, los pastores y doctores con la variedad de sus oficios y ministerios y el que distribuye las diversas gracias y vocaciones, haciendo que concurran todos á la edificación de esta comunidad vastísima, que es como el complemento de nuestro Señor Jesucristo. A este tipo divino han de asemejarse todas las sociedades humanas: todas han de ser organismos perfectos en que cada miembro conserve sus personales derechos, pero sin olvidar las obligaciones que éstos implican, tanto más extensas, cuanto mayores sean las ventajas de que disfruta.

Sin negar la propiedad individual, antes asentándola sobre las más sólidas bases, como que ella es indispensable para la vida humana, es principio cristiano que los bienes de que gozan los ricos no les

(1) I Cor 14. 4.

pertenecen de una manera tan absoluta que sean libres en conciencia de disponer de ellos conforme á su antojo. Administradores son de las riquezas que Dios les otorgó, con obligación de dispensarlas de una manera conforme á los designios del supremo Señor y con la responsabilidad consiguiente á quien tiene que dar cuenta de intereses ajenos. No se les confiaron para alimentar con ellas la soberbia, ni para derramarlas en lujo insano y corruptor, ni para satisfacer y regalar la sensualidad, que cuanto más regalada más guerra mueve contra el espíritu, ni mucho menos para emplearlas como instrumento de seducción, sino para que, secundando las miras de la Providencia, sean los ricos como sus representantes y legados para con los menesterosos; aumenten el tesoro de sus propios méritos con el desasimiento; rediman con limosnas sus pecados y se valgan de las muchas ventajas que les brinda su posición, en orden á promover el reino de Dios y la santificación de las almas. Ved ahí los verdaderos provechos de la opulencia según las ideas cristianas.

Y lo mismo que decimos de estas riquezas materiales, puede y debe decirse de las inmateriales, es decir, del talento, de la instrucción, de los puestos distinguidos en la jerarquía social. Todas estas cosas han de servir, si no se las desvía de su objeto, para la gloria de Dios y para el provecho de los prójimos, que al fin, es la única manera de que sirvan eficaz y duraderamente al que ha sido favorecido con ellas.

A todo ello puede referirse lo que dice S. Pedro Crisólogo en una homilía que ayer no más leíamos en

el breviario romano (1): "Tesoro del cielo es la mano del pobre, porque ella recibe lo que se le da y para que no se pierda en la tierra lo deposita en el cielo. La mano del pobre es el arca de Cristo: lo que el pobre recibe, Jesucristo lo recibe. Da, pues, oh hombre, al pobre cosas de la tierra, para que en cambio recibas las del cielo; dale una moneda para que se te dé un reino; dale al necesitado para que te des á tí mismo, porque lo que al pobre dieres, eso tendrás tú, y lo que no dieres, para otro quedará. Dios, añade el santo, clama por su profeta: quiero la misericordia. Pues el que niega á Dios lo que le pide, ése quiere que Dios se haga sordo á sus peticiones. Dios pide, pero no para sí, sino para tí: pide la misericordia humana para otorgar la divina, porque has de saber que hay en el cielo una misericordia de que tienes inmensa necesidad, pero á la cual no puedes dirigirte ni tener acceso sino por medio de las terrenas misericordias."

En estas hermosas palabras del santo Doctor podéis ver así mismo cuál ha de ser el motivo, cuál el blanco de la caridad cristiana. No es ella un amor á la humanidad por la humanidad misma sino por el amor de Dios. No es un esfuerzo por alejar los males temporales y hacer de este mundo un paraíso, cosa irrealizable porque la tierra será siempre un valle de lágrimas, sino un medio para acercarnos é Dios y granjear el paraíso del cielo. No, no tienen derecho para invocar el sermón del monte, ni para tomar en

[1] In festo S. Juliani Episc., et Conf.

su boca el nombre de Cristo los que prescinden de la religión, los que quieren secularizar la caridad, los que no confiesan que los deberes religiosos que nos ligan con Dios, Creador nuestro, y con Jesucristo, nuestro Redentor, tienen la primacía sobre todos los otros deberes y aun sobre los muy sustanciales que tenemos para con los pobres. Es cierto que estos deberes no se excluyen, sino que antes tienen entre sí las más apretadas relaciones; pero no hay que perder de vista que en el orden moral y humano lo que da valor á los actos de la criatura es el elemento interior que los anima, la intención sobrenatural que los dirige. El día de hoy hay muchas personas para quienes los motivos que impulsan á las obras de beneficencia son totalmente indiferentes, con tal que la humanidad sea socorrida y mejoradas las condiciones del mundo. Pero no es esto lo que nosotros hemos aprendido en la escuela del divino maestro: *non ita didicistis Christum* (1). El seguidor de Cristo supo desde el principio que en la persona del mendigo y necesitado debía ver á Jesucristo. La Iglesia destinó buena parte de sus rentas, donde las tuvo, para los pobres, porque á sus ojos los pobres son los representantes del que, siendo rico, se hizo pobre por nosotros. El monje acogió cariñosamente al peregrino que tocaba á sus puertas y le alojó bajo su techo como si alojara á aquél que no tuvo durante su peregrinación terrestre ni una piedra en qué reclinar la cabeza. El Obispo lavó los pies á los infelices para

[1] Ephes. 4, 20.

mostrar á Jesucristo su agradecimiento por haber querido lavar los pies á los primeros pastores de la Iglesia. Reyes y reinas que creían en el evangelio alimentaron á los pobres á su propia mesa y les sirvieron con sus manos, porque, alumbrados por la fe, comprendían quién era el que recibía sus obsequios y servicios. Los santos besaron los pies de los mendigos y, encendido el semblante por el fervor del espíritu, imprimieron sus labios temblorosos sobre las llagas de ellos, porque sentían allí la viva presencia del Salvador crucificado y llagado. Tal es el espíritu del evangelio. Extinguid este espíritu y habréis socorrido algunos hombres y algunas mujeres, pero nada habréis adelantado para ir á Dios ni para llevar las almas á Dios.

Y observad que Nuestro Señor no solamente se señala á sí mismo como el término y objeto de la beneficencia cristiana, sino que, tanto por sí como por sus apóstoles, insiste con las más enérgicas expresiones en el enlace necesario que ella tiene con la perfección del cristiano ó sea con el amor de Dios sobre todas las cosas. Adviértenos que éste último no puede existir sin el amor del prójimo, que la caridad fraterna es la señal distintiva de sus discípulos, al propio tiempo que el indicio más evidente de haber pasado una alma de las tinieblas del pecado y del error á la luz y verdad de la redención (1). De suerte que por el amor al prójimo podemos y debemos estimar los quilates del amor de Dios que se alberga en nuestros corazones.

[1] Joan 13, 35. I. Joan. 2. 9.

¡Cuán fácil es el engaño en este punto! Lo que á nuestros ojos parece amor de Dios, y muy acendrado y ardiente, puede á menudo no ser otra cosa que sentimentalismo enfermizo, juego de la imaginación, acaso pereza espiritual y neto amor propio. ¡Qué deslumbrantes visiones de amor, qué escenas tan arrobadoras de heroísmo, cuán profundos y bellos pensamientos del cielo no flotan en ocasiones ante la ociosa contemplación de una alma enteramente egoísta! Despertada de su adormecimiento, pedidle algún exiguo sacrificio en favor de sus hermanos y al punto todas aquellas aéreas fantasías se desvanecerán como el humo y no veréis más que un egoísmo que se desliza y arrastra para buscar dónde esconderse. Todos necesitamos de esta prueba, no una sino muchas veces, y para esto sirve el deber de la caridad que pesa sobre nosotros y que nos está diciendo de continuo: haz algo por el prójimo ó no te imagines que amas á Dios; procura ejercitarte en la misericordia, so pena de que tu piedad sea mera ilusión; abre la bolsa ó no te lisonjees de ser hombre de oración; toma interés en las miserias de los desdichados porque si así no lo hicieres, esos ejercicios piadosos y esa frecuentación de los templos, en que tantas delicias gustas no te harán adelantar un paso hacia el cielo; sé amable, indulgente, caritativo con tus parientes, con tus criados, con todos los hombres, porque de lo contrario, las reliquias ni los escapularios todos del mundo te serán escudo en el juicio, ni defensa en el día de las venganzas.

Todos estamos de acuerdo en esta doctrina; no hay quien no confiese la obligación que nos incumbe de procurar, según nuestras fuerzas, el bien de nuestros hermanos. Pero ¿cómo hacerlo? ¿qué medios hemos de emplear? ¿á dónde dirigir nuestros esfuerzos, entre tanta muchedumbre de objetos que solicitan la atención, entre tantas miserias que reclaman algún alivio? Pues, hermanos míos, hé aquí la respuesta: medio muy fácil de contribuir de veras al bien general, y de satisfacer al deber imperioso de la caridad, hallaréis en el auxilio que prestéis á la Pía Sociedad Salesiana.

No tengo para qué recordaros el nacimiento de este Instituto, tan acomodado á las mayores necesidades de nuestros tiempos. Todos vosotros lo conocís: el mundo está lleno de sus obras, como lo está de la fama y del nombre venerado de su santo fundador. Nadie duda que la obra es de Dios y que el Señor, atento á las necesidades de su Iglesia, como le envió doctores sapientísimos que la ilustrasen en aquellos tiempos caliginosos que siguieron á las persecuciones, y más tarde, monjes que, descuajando las selvas y cultivando los desiertos, preparasen los centros de la futura civilización, y luego, frailes mendicantes que, con los ejemplos de su pobreza y mansedumbre, suavizasen las rudas costumbres heredadas de los bárbaros, así en este siglo del comercio y de la industria, le ha enviado obreros evangélicos que se empeñan en reconquistar para la religión y el evangelio las clases obreras, abrumadas por desmedido trabajo, privadas de instrucción, miradas con desdén por los aristócratas del dinero y puestas, por consiguiente, en condición tanto ó más vil que la de los esclavos antiguos.

Pero fuera de esta obra primordial, cuántas otras no ha abarcado el celo de los hijos de Don Bosco en éste y en otros países! Las misiones á los infieles, el esplendor del culto y la predicación de la palabra divina, la difusión y defensa de la verdad católica por medio de publicaciones sólidas pero accesibles á las inteligencias populares, el fomento de las vocaciones al sacerdocio, cuya escasez lamentan los buenos en todas las naciones del mundo; tales son los objetos á que consagra sus desvelos ésta ya benemérita congregación.

Ahora bien, decidme, ¿cuál de estas empresas no responde á una necesidad urgentísima de nuestros pueblos? ¿Quién no ve cómo las clases pobres van perdiendo de día en día las nociones de la fe y con ellas la adhesión á la Iglesia y la práctica de las virtudes cristianas? ¿Quién no observa que señaladamente en las ciudades, donde la población se acumula, donde los lazos de la familia se relajan ó desatan y donde, por otra parte, abundan las ocasiones de ruina espiritual, se va formando, con el andar de los años, una masa de gentes semisalvajes, faltas de todo principio religioso y que vienen á ser, por consiguiente, pasto de los vicios y materia dócil para las maquinaciones nefandas de agitadores sin conciencia? Aquí mismo, en esta ciudad hay un número crecidísimo de niños pobres, que crecen y se desarrollan en la más crasa ignorancia, respirando una atmósfera de escándalos y sin otra expectativa que la corrupción en esta vida y el infierno en la otra. Porque si aun los que se crían en condiciones favorables, guardados con esmero,

educados por una madre inteligente y piadosa, cuando llegan á cierta edad, naufragan frecuentemente en los escollos del mundo, ¿qué ha de suceder á los desventurados que de todos estos auxilios carecieron? Cuando en ellos alborea la luz de la razón yá no quedan ni rastros de su inocencia y, cuando, más tarde, estallan las tempestades de dentro y de fuera y se amotinan las pasiones, como éstas no encuentran en aquellas almas ni gracia, ni oración ni temor de Dios, rompen todos los diques, lo invaden todo y hacen del joven un sér envilecido que, ó bien se extingue en los delirios del alcoholismo, ó bien se torna en instrumento ciego de ajenos delitos, destinado en el primer caso para el hospital ó el asilo, y en el segundo, para la cárcel, tal vez para el patíbulo.

¿Y qué diremos de los infieles que, para afrenta de lo que nosotros apellidamos pomposamente nuestra civilización, vagan todavía por las dilatadas llanuras del territorio colombiano, sin ningún conocimiento del verdadero Dios, sumidos en la noche de la idolatría y de la depravación moral, sin haber aprendido de los cristianos otra cosa que el uso del alcohol para embrutecerse y el de las armas de fuego para destruirse?

Ni es menos lastimosa, en lo que mira á la religión y á las costumbres, la condición de las gentes que, establecidas en esas regiones apartadas, donde falta la sanción de las personas cultas, donde la acción de la Autoridad casi no se siente y donde la influencia religiosa ha sido tan escasa, se han visto por largos años en las circunstancias más adversas á su verdadero progreso.

¿Y no se hace sentir aquí la necesidad gravísima de una prensa que ilumine, no que entenebrezca, que aclare las ideas, no que aumente la confusión babilónica en que vivimos, que sea mensajera de paz y no tea que prenda las discordias civiles que nos aniquilan? Cierta cosa es que la prensa constituye hoy un poder irresistible, pues que la mayor parte de los hombres no tienen otra fuente de sus ideas, ni otra norma de sus acciones que la cotidiana lectura de los periódicos y que, por consiguiente, una arma que en manos de la impiedad hace tanto estrago en la fe y en las costumbres, manejada, como conviene, por los buenos, contribuiría poderosamente á que el error diese paso á la verdad y á que las inteligencias seducidas por los prejuicios fuesen obedeciendo poco á poco á los dictados de la verdad y de la justicia (1).

Y por lo que hace á la falta de clero ¿qué espectáculo puede haber más deplorable que el que se ofrece á nuestros ojos? El número de sacerdotes va disminuyendo de una manera alarmante y los pueblos van quedando destituidos de este elemento indispensable de su vida espiritual, y hasta de su desarrollo material.

En vano esperamos que la doctrina de la fe alumbré las inteligencias, que la moral evangélica, acompañada del influjo omnipotente de la gracia, subyugue las voluntades y depure las costumbres públicas y privadas, si falta el instrumento que Nuestro Señor ordenó para dispensarnos todos estos beneficios, si falta el

(1) Carta de N. S. P. León XIII á los obispos del Brasil, 18 sept. 1869.

sacerdote, que debe ser luz del mundo y sal de la tierra, según la expresión de Jesucristo (1). ¿Quién enseñará con la autoridad que él enseña? ¿Quién tendrá la abnegación y paciencia que él tiene, para hacerse todo á todos y ganarlos á todos? (2) ¿Con qué se podrá reemplazar aquella labor que él ejecuta en el santuario de las conciencias, oscura y penosa ciertamente, pero fecunda en resultados benéficos á la familia y á la sociedad? Él es quien vela por la indisolubilidad del lazo conyugal, quien está alerta para proteger y santificar la vida en sus propios manantiales, quién inspira al rico la misericordia, al pobre la resignación, la modestia al poderoso, y al súbdito la obediencia, quien, armado de medios sobrenaturales ahoga el mal en su raíz, ataja en ocasiones sus progresos y mantiene siempre delante de los ojos de los pueblos el ideal de la perfección humana, para elevarlos ó impedir que se hundan en ese abismo de corrupción á que nos inclina el peso de nuestra naturaleza estragada. Así que, no cabe imaginar mayor castigo para una nación que la carencia de sacerdotes, aquella hambre, no de pan sino de la palabra de Dios, aquel pedir los párvulos el sustento del espíritu y no haber quien se lo distribuya (3).

Añadid á lo que llevo dicho otra miseria, hoy casi peculiar de nuestra tierra y que está pidiendo á gritos un remedio, pero un remedio pronto, un remedio

(1) Matth. 5, 13, 14.

(2) I. Cor. 9, 22.

(3) Amos, 8, 11. Thren. 4, 4.

heroico que detenga sus destrozos. La propagación espantosa de la lepra en nuestras poblaciones, los sufrimientos, verdaderamente aterradores, de que son víctimas en los lazaretos y fuera de ellos tantos miles de compatriotas nuestros, el peligro que nos amenaza si, como es natural, el contagio sigue su curso con progresiva rapidez, son cosas que á ninguno de vosotros se esconden y que son materia y causa de nuestras más serias aprensiones.

Pues á todos estos objetos consagran sus afanes los miembros de la Congregación Salesiana. Colombia ha visto á uno de ellos dedicarse por entero, hasta perder la vida, á la asistencia de los leprosos; á otro, de palabra fogosa, de celo incansable, ponerse á la cabeza del movimiento salvador y volar de un confín á otro de la República, predicando la cruzada contra la lepra. Las multitudes han respondido á su voz con entusiasmo, los ricos han ofrecido largamente sus caudales, la Autoridad pública su amparo y sus auxilios. Y la obra, gigantesca sí, pero no quimérica, habría adelantado mucho y llegado acaso á madurez, si adversas circunstancias, como las en que nos hallamos, no lo hubiesen estorbado. No está muerta, sin embargo, nó; los esfuerzos hechos, no serán estériles y si al presente es menester soportar pruebas y reveses, hemos de esperar que, como en toda obra santa, ellos no sean sino preludios de más copiosas bendiciones y de un resultado que exceda aún á las esperanzas concebidas.

Al lado de los que se han hecho por caridad esclavos de los leprosos están los que, calzando las sandalias del misionero, han ido á evangelizar la paz y los bienes

de la Redención en esas comarcas, vastísimas y fertilísimas pero ingratas y malsanas, de nuestra región oriental.

Iniciada igualmente la publicación de las *Lecturas Católicas*, hanse dado yá á la estampa varios folletos amenos é instructivos, que satisfacen esta ansia de leer que distingue á nuestro siglo, y dan alimento sano al espíritu y al corazón.

De los niños que se forman en esta Casa Salesiana nada tengo que decir, porque, aparte de la educación religiosa que reciben y de la afectuosa solicitud de que son objeto, Bogotá entero es testigo de sus raros adelantos en las artes útiles, y ha tenido ocasión de contemplar y admirar, en público certamen, el primor de muchas obras salidas de sus talleres.

En la vecina población de Bosa construyen los hijos de D. Bosco dos edificios, de los cuales el uno servirá para Noviciado, donde se formen en virtud y letras los jóvenes llamados á la vida sacerdotal y religiosa, y el otro albergará á las Hijas de María Auxiliadora, rama no menos fecunda del árbol salesiano y que, trasplantada á este suelo y enriquecida yá con el ingreso de piadosas y abnegadas doncellas que anhelan consagrarse al divino esposo en el servicio de sus miembros desvalidos, comenzará muy en breve á ejercitarse en la enseñanza de las niñas del pueblo.

Quieren asímismo los Salesianos, á ejemplo de su santo fundador, establecer y ampliar aquellos *Oratorios recreativos* que tienen por objeto, como es sabido, congregar en los días de fiesta á los niños para enseñarles la doctrina cristiana é inducirles á las prácticas

de piedad, proporcionándoles al mismo tiempo esparcimientos honestos que dilaten y purifiquen sus corazones y en que, mediante el trato suave de los religiosos y la comunicación con los otros niños, se eduquen y depongan esa especie de bárbara rustiquez que van contrayendo los pueblos en las condiciones de la vida moderna.

Mas todas estas obras, tan importantes, tan necesarias de tanta y tan inmediata utilidad, ¿cómo podrán sostenerse, cómo ensancharse, sin el concurso de muchas personas? Dejados á sí mismos, poco ó nada podrán hacer los religiosos, no obstante su voluntad pronta y su abnegación sin límites.

El espíritu de asociación brota de la constitución misma de la Iglesia y es como la nota característica de todas las obras católicas. Así como los patriarcas de las órdenes mendicantes, descosos de extender los beneficios de la vida monástica á mayor número de personas, fundaron las órdenes terceras, que participan del espíritu; imitan, cuanto es compatible con el estado seglar, las prácticas, y viven, como renuevos lozanos ó como plantas trepadoras, del jugo y de la vida misma del tronco venerable de las primeras órdenes, así D. Bosco instituyó también esta milicia de los Cooperadores Salesianos, compuesta de todas aquellas personas, hombres y mujeres, que, sin abrazar la vida religiosa, quieren, en la forma que lo consiente su estado, ayudar á las obras de la Congregación.

A este número pertenecéis muchos de vosotros. La Pía Sociedad Salesiana os debe ciertamente numerosos favores y por ellos os presenta sus más fervientes

agradecimientos; pero tiene que esperar todavía y espera más, mucho más, de vuestra caridad, para dar vuelo á las obras emprendidas.

Ayudadla pues, hermanos míos, ayudadla en primer lugar, con vuestras limosnas, y digo en primer lugar, no porque yo sea de los que creen en el poder exclusivo del vil dinero, sino más bien, por seguir aquel orden inverso de que habla S. Pablo: *Príus quod animale est; deinde quod spirituale*: primero lo material y en seguida lo espiritual (1). Recordad que la limosna libra de la muerte y purga los pecados y alcanza la misericordia y la vida eterna (2). No os excuséis con la calamidad de los tiempos; no temáis la escasez. Poderoso es Dios para colmaros de todo bien y dar incremento á los frutos de vuestra justicia, como se expresa el Apóstol (3). Entre otros muchos testimonios de esta verdad tenéis el que os da D. Bosco en aquella carta que, á manera de testamento, dirigió á sus bienhechores en los últimos días de su vida. Yo, dice, y los Salesianos somos testigos de que muchos benefactores nuestros que antes poseían pocos bienes de fortuna, favorecidos de Dios, los han visto acrecentarse gradualmente desde el momento en que comenzaron á ser generosos con nuestros huerfanitos. Por este motivo, enseñados de la experiencia, me han dicho algunos de ellos estas ó semejantes palabras: Cuando hago caridad á sus pobres no me dé Ud. las gracias, que antes debo yo dárselas

(1) I Cor. 15, 46.

(2) Tob. 12, 9.

(3) Cor. 9, 8, II 10.

á Ud. que me la pide, pues desde que empecé á socorrer á sus huérfanos, mi hacienda se ha multiplicado visiblemente.

Prestadles el favor de vuestras simpatías, de vuestras luces, de vuestras palabras, procurando disipar las preocupaciones y falsas especies que los malignos sembradores de cizaña esparcen en el vulgo impresionable contra todas las obras de Dios. Todo el que dispone de una palabra elocuente, todo el que sabe manejar una pluma, todo el que ocupa un puesto relevante ó disfruta de algún ascendiente sobre los demás debe encaminar este poder, que se le ha dado para edificación y nó para destrucción, al fomento de las obras de caridad (1).

Y el que nada de esto tiene, coopere con el fervor de sus oraciones, sostenidas por la pureza de su vida. ¡La oración! ¿acaso no es ella una arma poderosa? ¿por ventura no hay más fuerzas que las que perciben nuestros sentidos y pueden ser representadas por una fórmula matemática? Sobre las fuerzas materiales ¿no están las fuerzas morales, y sobre todas éstas, las sobrenaturales, sin comparación más eficaces? Algo puede la pujanza material, más todavía las energías intelectuales, pero la oración, acompañada del sacrificio, lo puede todo. Los imperios nacidos de la conquista se desmoronaron muy pronto; los pueblos cultos de la antigüedad sobreviven á su ruina por el ascendiente de su espíritu cultivado; pero Jesucristo que, exaltado en

(1) II, Cor. 10, 8.

UNIVERSIDAD
EAFIT



Abierta al mundo
Biblioteca Sala Parlamentar